

***En la escuela de la guerra***  
**(El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)**  
**León Trotsky**  
**6 de febrero de 1917**

(Versión al castellano desde “Le socialisme international du point de vue américain. À l'école de la guerre”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 271-273.  
Publicado en *Novy Mir* el 6 de febrero de 1917)

Las fuerzas desenfrenadas del capitalismo continúan su tarea de destrucción ampliando su campo de actividad. La última parte del Mundo entra, a su vez, en el torbellino sangriento. Ante el desencadenamiento de esas fuerzas diabólicas, ¡cuán miserable puede ser lo que puede crear el ser humano! Los acontecimientos lo han superado desde hace mucho tiempo. Nada comprable puede encontrarse en la naturaleza pues incluso los cataclismos más escalofriantes, tales como las avalanchas, las erupciones de un volcán, las sacudidas sísmicas, no son más que juegos de salón comparados con este huracán de sangre, de dinamita y muerte, que barre al mundo entero.

Los parlamentos burgueses se callan en sus vergonzosos desconciertos ante estos acontecimientos que ni han sabido prever, ni evaluar y que ni buscan incluso dominar. Se borran ante los ministros, los presidentes y monarcas que, ellos sí, disponen de los “secretos gubernamentales” para ocultar a la vista del pueblo su degradación. Todo lo que saben hacer es fabricar sofismas y soltar fórmulas sonoras y vacías para engañar a las masas. Durante ese tiempo, la técnica capitalista pone a punto su arte infernal, confiando medios de destrucción jamás igualados en manos de los carniceros militaristas.

¡En qué inmensa y victoriosa fuerza se hubiese convertido la [Segunda] Internacional si se hubiese mantenido fiel a los principios que sirvieron para su fundación!

El drama no consiste en que la Internacional no fue capaz de oponerse a la guerra, sino en que ni, incluso, intentó heroicamente levantar a las masas contra el militarismo. Es horrible y vergonzoso hacer lo que han hecho los dirigentes inclinándose ante la guerra, aceptándola y bendiciéndola.

Aquellos de los que pensábamos que eran jefes (sin señalar que años de trabajo cotidiano automático los habían vaciado de su substancia) les habrían podido decir a las masas: “No juzgamos posible llamaros a la rebelión abierta. La burguesía os arrastra a luchar y haceros matar. Marchad al frente como prisioneros del gobierno capitalista y no como socialistas. El militarismo puede adueñarse de vuestros cuerpos, no le entreguéis vuestras almas. Con los dientes apretados esperad el momento en el que la máquina gubernamental se “agripe”, en el que la llama de la protesta surja en las mentes de los más hundidos, de los más atrasados de los esclavos del capitalismo, y entonces vuestro partido os dará la señal de asalto.”

Pero no lo han dicho. Han asumido la responsabilidad de esta guerra, han bendecido la guerra, se han inclinado ante ella. Con la más inquebrantable convicción podemos decir que el ideal del socialismo hubiese sido sepultado para siempre bajo las ruinas de la cultura capitalista si, desde las filas de la [Segunda] Internacional no se hubiese elevado un grito de protesta. Los internacionalistas revolucionarios, fieles a sus banderas, les han mostrado a las masas, con la voz y con la acción, que, ante la capitulación de los jefes, la quiebra de las organizaciones, el alma del socialismo se

mantenía viva y el ideal intacto. Los Liebknecht, Hoeglund, Mac Lean, Adler, Racovsky (aquellos a quienes los que recogen los antiguos altares llaman “fanáticos” y “escisionistas”), han salvado la dignidad y el honor del socialismo y la seguridad moral de su desarrollo.

Sus valerosas voces han resonado sin cesar no solamente como llamamientos directos a los trabajadores de las naciones beligerantes, sino como advertencias a los socialistas de las pocas naciones que la guerra no ha arrastrado en su torbellino.

El partido italiano, al que la guerra le afectó nueve meses después que a los principales partidos de la Internacional, ha entendido la lección. Ha hecho recaer la responsabilidad sobre las clases dirigentes, ha votado contra los créditos de guerra y, a través de su diario *Avanti*, lleva adelante una brillante campaña contra las mentiras patrióticas y la estupidez chovinista. Ha tomado la iniciativa de la Conferencia de Zimmerwald. Mientras que los partidos socialpatriotas de los otros países se deshacen, el Partido Socialista Italiano conserva su unidad y ha adquirido una influencia entre las masas todavía sin igual.

La historia le ha concedido al socialismo norteamericano un plazo incomparablemente más largo para reflexionar. ¿Se ha utilizado ese plazo? Sobre eso nos responderán los próximos acontecimientos. Sin riesgo a equivocarnos, podemos decir esto: los elementos socialistas en Norteamérica sólo están a la altura en la medida en que participan en la lucha que desgarrar a los partidos europeos, en la medida en que abrazan la lucha revolucionaria contra la “paz civil”, a favor de Liebknecht contra Scheidemann, a favor de Zimmerwald contra La Haya. Por el contrario, esos diplomáticos del socialismo que han rehusado definir su posición recomendando conciliar con la fórmula “hasta el final”, que se han comportado frente a la lucha de principios como “neutralistas”, que cosen los desgarrones hechos a su visión del mundo socialista con las agujas oxidadas de su abuela, esa gente le han prestado un muy mal servicio al proletariado norteamericano. Se han colocado entre él y la experiencia costosamente adquirida de sus hermanos europeos... Y ahora es necesario responder sin esperar “al fin de la guerra”.

Hay épocas en las que la facultad diplomática de lanzar una mirada a izquierda y otra a derecha, pasa por sensatez. Semejante época sucumbe ante nosotros y sus héroes desaparecen poco a poco. La guerra, como la revolución, plantea las cuestiones de forma brusca. ¿A favor de la guerra o a favor de la paz? ¿A favor de la lucha nacional o a favor de la lucha revolucionaria? ¿A favor de Marx... o a favor de Wilson? Los terribles tiempos que vivimos exigen un pensamiento intrépido tanto como también un carácter viril. No se trata solamente de enfrentarse sin miedo a la policía (eso está bien, pero no es bastante), es esencial desplegar un coraje mucho más elevado, el de desenmascarar los prejuicios y a los “guías” tradicionales que, hasta la guerra, poseían una autoridad tal que enturbiaban el pensamiento, y sacar las conclusiones de los mayores acontecimientos de la historia.

En cualquier caso, los tiempos de la espera han acabado ya (ello también se aplica al socialismo). El proletariado norteamericano entra en la escuela de la guerra. De que este paso dará sus frutos tendremos muy pronto la ocasión de convencernos.

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)